



Infamia

Ledicia Costas



DESTINO

Infamia

Ledicia Costas

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1482

© Leticia Costas, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-233-5640-9
Depósito legal: B. 23.345-2019
Impreso por Limpergraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Llovía en alta definición. Quinto día de agua, sin apenas descanso, y todo apuntaba a que el cielo de Galicia iba a seguir vomitando frío. Emma siempre se había sentido como una persona de invierno, de agua y de luna, por ese orden. La lluvia no afectaba a su estado de ánimo, pero consideraba que, por imperativo legal, los grandes cambios deberían ir acompañados de un punto de luz al que aferrarse. Miró hacia el cielo a través del parabrisas, buscando la materialización de esa esperanza. Gris hasta las entrañas. «La lluvia es tan anárquica como el amor», susurró algo defraudada.

La carretera atravesaba un monte tupido y hermoso como las cosas incorruptas. A un lado y a otro, los árboles semejaban criaturas extrañas y desproporcionadas. Sacudían sus extremidades con torpeza por el impulso del viento. El movimiento dislocado de las ramas la hizo viajar a un episodio de la infancia. Recordó aquel espantapájaros que ella y su hermana Marina habían fabricado con piezas de ropa de cuando su madre era joven. Había sido un verano especialmente caluroso, casi abrasador. Ha-

cía mucho tiempo de eso, quizás veintitrés o veinticuatro años. No sabría precisar. Lo que sí recordaba con toda claridad era la cabeza del espantapájaros. Y también que Marina aún estaba viva. Entre las dos hermanas acordaron decapitar su muñeca de trapo. Se la cortaron con las tijeras de la caja de costura... «Así tendrá una nueva vida —le había dicho para convencerla—. Una vida de pájaros, soles y cerezas.»

—¿Cerezas gordas?

—Gordísimas —le confirmó Emma.

—Vale. Pero le ponemos un sombrero, para que no le arda el cerebro con tanto sol.

Escupieron en sus manos y se las estrecharon para cerrar el trato, igual que los hombres en las películas. Terminar el espantapájaros les llevó tres días. A pesar de tener cabeza de muñeca y una fértil melena rosa, le llamaron William Brazos Largos. El inglés les parecía un idioma elegante y tenían que compensar de alguna manera la estética terrible de aquella criatura que acababan de crear. Les salió así sin querer. Lo imaginaron perfecto, pero la belleza no se puso de su parte. Los brazos le llegaban hasta las rodillas, aquel vestido de encaje le quedaba demasiado grande y la sonrisa que le pintaron en la cara con un rotulador, en vista de que la expresión de la muñeca no les acababa de convencer, era una línea torcida y grotesca. Lo clavaron orgullosas en el suelo, en medio de una plantación de maíz. Al remover la tierra apareció una escolopendra enorme que echó a correr entre los pies de Marina, arrancándole un grito de terror.

—Dijiste pájaros, soles y cerezas —le recriminó

la pequeña a Emma—. Nada de bichos espantosos como ese.

—El subsuelo es un mundo maravilloso que todavía está por explorar —argumentó Emma, empleando palabras que había escuchado en algún documental—. También hay bichos de los otros.

—¿De los otros?

—Mágicos, con menos patas. Son brillantes y dan suerte —le aseguró bajando la voz para darle mayor dramatismo a sus palabras.

—Más te vale —la había amenazado Marina, apuntándola con un dedo acusador—. Pienso vigilar a William Brazos Largos. Como se le meta por una oreja uno de esos monstruos, lo llevo de vuelta a casa y lo escondo en un lugar seguro. No pienso permitir que le coman el cerebro.

Cuando la muerte tiene el rostro de una niña de seis años, resulta difícil comprender los mecanismos de la naturaleza. La tragedia que lo cambiaría todo para siempre tuvo lugar un lunes, en el centro de la ciudad. Aquel coche circulaba a demasiada velocidad y Marina pensaba que los pasos de peatones eran islas. Espacios sagrados donde nada malo te puede suceder. Y menos aún cuando eres una niña. Todo el mundo sabe que los niños son inmortales.

—Prohibido tocar negro —musitó, observando las líneas blancas del paso de peatones.

Iba agarrada de la mano de su hermana con la misma fuerza con que nos agarramos a la vida. Pero era tan fuerte el influjo de las franjas blancas del suelo que ni siquiera lo pensó. Se soltó de la mano de Emma y se lanzó a la carretera concentrada en su

juego, sin apartar la vista del asfalto. Saltó de la primera franja blanca hasta la siguiente. Qué buena era, no tenía rival en *prohibido tocar negro*. «Venga, vamos a por la segunda», pensó. Y voló por los aires casi en el acto. Todo sucedió en escasos segundos, pero para Emma aquella escena era una tortura a cámara lenta. Su grito cuando vio el vehículo abalanzándose contra el cuerpo blando de su hermana, los cristales rotos, la niña elevándose con la pierna izquierda toda retorcida. Luego vino la caída. La cabeza contra el suelo en un golpe sordo, la sangre manando de la oreja izquierda, los ojos abiertos mirando fijamente la nada, como si se acabara de marchar a un lugar inalcanzable del que jamás podría regresar. Y así era.

Habían pasado veinticinco años desde la tragedia. El tiempo es relativo para cierto tipo de heridas. El dolor seguía siendo demasiado agudo y Emma tenía una pesadilla recurrente con Marina. La niña aparecía acostada en un campo de maíz con un vestido amarillo. Todo parecía perfecto, como en una tarjeta de felicitación. La brisa agitaba su cabello y la falda en una caricia tierna. Hasta que una escolopendra salía del oído de Marina y echaba a corretear por su rostro, que de repente tenía aspecto cadavérico. En el momento en que se le metía en la boca, Emma despertaba. Así, madrugada tras madrugada, maldecía la tarde en que habían clavado a William Brazos Largos en la tierra.

—El subsuelo es un mundo maravilloso que todavía está por explorar —murmuró con amargura, agarrando fuerte el volante.

En su propio subsuelo, a poco que escarbase, había hojas muertas, un cadáver desmembrado levitando sobre un coche y una escolopendra. Pisó el acelerador dejando atrás el letrero que indicaba la entrada al campus universitario: «As Lagoas». Siguió las indicaciones hasta llegar al aparcamiento de la Facultad de Ciencias Jurídicas y del Trabajo, un edificio gris y moderno, construido a partir de piezas cúbicas que entroncaban unas con las otras. La facultad estaba conectada con la de Económicas a través de un túnel de cristal que funcionaba como una especie de columna vertebral.

Cuando se disponía a bajar del coche, empezó a llover con mayor intensidad. Emma agarró con rabia el paraguas situado en el asiento trasero y dejó escapar un improperio que le salió de lo más profundo.

2

La facultad tenía varios accesos situados en los laterales del edificio. En condiciones normales, Emma no entraría por la puerta principal. Le gustaba pasar desapercibida. Mezclarse con la gente como si fuera una más, para tomarle el pulso a los espacios y a las personas. Pero era su primer día y tenía que recoger unos formularios en la entrada. Aprovechó los cristales de la puerta para examinar su reflejo. Tenía pinta de cualquier cosa excepto de profesora de Derecho Penal. Sonrió de manera fugaz. Por un momento estuvo a punto de recolocarse el pelo, pero optó por hacer todo lo contrario. Era una de las ventajas de llevarlo tan corto. Lo revolvió disparándolo en todas las direcciones, inspiró hondo y entró en el edificio dispuesta a empezar con buen pie.

—Buenos días —saludó al conserje, que acababa de colgar el teléfono—. Creo que el decano ha dejado aquí una documentación que debo recoger. Me comentó que tenía una junta urgente y no podía estar aquí para recibirme. Soy Emma Cruz.

—¿Usted es Emma Cruz? —le preguntó el conserje mirándola de arriba abajo, sin disimular la sorpresa.

—En efecto —contestó ella con una sonrisa.

—¿La nueva profesora de Derecho Penal? —insistió el hombre, con cierta suspicacia.

No acababa de creerse que aquella mujer vestida con cazadora de cuero con tachuelas y vaqueros rotos fuese quien decía que era. Emma estaba acostumbrada a salir bien parada de ese tipo de situaciones.

—Entiendo que le cueste creerlo. Pero ¿sabe qué me pasa? —le preguntó ella, acercándose como para hacerle una confidencia—. Las profesoras de Derecho por lo general me parecen algo... ¿Cómo decirlo? Estiradas. Y los profesores también, para qué negarlo. Y yo no quiero parecer una estirada. ¿Comprende lo que le quiero decir?

Tal y como Emma había intuido, el conserje cambió de actitud de inmediato. Se relajó y dejó escapar una sonrisa pícaro, que cubrió con la mano. Acababa de hacer su primer amigo en la facultad.

—¡No sabe cómo la comprendo! Hay una fauna aquí que... Si yo le contara...

—Ya imagino. Perdome, ¿cuál era su nombre?

—Daniel —le contestó él, tendiéndole la mano—. Aquí me tiene para todo lo que precise, profesora Cruz.

—Llámame Emma. Y no me trates de usted. Odio los formalismos —añadió en voz baja, buscando aumentar la complicidad que acababa de crear con aquel desconocido.

Daniel le entregó el sobre con la documentación y le indicó hacia dónde tenía que dirigirse.

—Tu despacho es el C325. La llave de la puerta está en el sobre. Son todos compartidos. Tienes como compañero al señor Arias.

—El comisario —apuntó ella, que ya estaba al tanto de ese dato.

No le hacía excesiva ilusión tener al comisario de compañero de despacho. Había leído algún artículo suyo en revistas especializadas y le parecía un pedante.

—Sí, pero solo viene cuando tiene que dar clase, un par de veces por semana. Pisa poco el despacho, así que no te molestará mucho —la tranquilizó el conserje—. Bienvenida, Emma. Y mucha suerte en esta facultad. Mañana, si quieres, te la enseño con más calma.

—Gracias, Daniel.

Dio media vuelta y echó a andar por un amplio corredor. Las paredes eran grises y frías. «Un poco de *Pop Art* no le vendría nada mal a este sitio», pensó. Algunos bancos de madera intentaban suavizar la dureza de aquella arquitectura, pero no lo lograban. Se cruzó con varios alumnos que ni siquiera repararon en ella. Ella sí que los observó, a todos ellos. No pasaban de los veinte. Centró su atención en una chica peinada con un moño tirante. Vestía traje y llevaba un maletín. Emma había terminado la carrera hacía algo más de quince años. Desde entonces, algunas cosas no habían cambiado en absoluto.

Subió las escaleras que conducían a la segunda planta, donde estaba la zona de despachos. «C325», repitió mentalmente. Sacó la llave del sobre y la me-

tió en la cerradura. Al intentar girarla, cayó en la cuenta de que estaba abierta.

—Adelante —resonó una voz grave desde el interior.

—Arias —murmuró ella.

«¿Qué hace aquí a estas horas?» Eran las ocho y cuarto de la mañana. Aquel día no tenían clase, tan solo las presentaciones, y Daniel acababa de decirle que el comisario no frecuentaba el despacho. «Está marcando su territorio», concluyó.

Manuel Arias estaba sentado delante de una mesa pulcra como un quirófano. Tan solo había un ordenador, un bolígrafo y un cuaderno Moleskine de tapas negras. El hombre pasaba de los sesenta años. Las canas y las arrugas lo delataban. Llevaba un jersey de marca y un anillo de oro en el dedo meñique de la mano izquierda.

—Buenos días, Arias —lo saludó Emma mirándolo fijamente.

—Profesora...

—Cruz. Emma Cruz.

El hombre le estrechó la mano con firmeza.

—Un placer conocerla. Espero que todo esté en orden. ¿Le han facilitado ya sus horarios y el resto de la documentación?

Emma le mostró el sobre.

—Acabo de hacerle una visita a Daniel —dijo ella, pronunciando con toda la intención el nombre del conserje para comprobar el nivel de implicación de Arias con el personal—. Me daba un poco de cosa incorporarme con las clases ya empezadas, pero ahora estoy más tranquila.

—Me alegro de que ya se conozcan. Es importante tener a Daniel de su lado. Ese hombre sabe más de esta facultad que cualquiera de nosotros.

Emma respiró aliviada. Por un momento llegó a pensar que Arias era de esa clase de personas que ni siquiera se molestan en conocer los nombres propios de la gente que los rodea. Tal vez lo había juzgado con excesiva severidad. Parecía un tipo afable. Algo refinado en las formas, pero eso no era ningún pecado.

—¿Cómo se lleva eso de compaginar la vida en la comisaría con las clases en la universidad? —le preguntó.

Arias se recostó en la silla y cruzó las manos sobre su barriga prominente.

—La universidad está llena de ilusión. Ser profesor asociado me proporciona aquello que me falta en la comisaría. El cargo de comisario es estimulante y frustrante casi en la misma medida. Ves mucha miseria, mucha ruindad. La cara más amarga de los seres humanos. Impartir clase aquí me ayuda a romper con la rutina. —A Emma le sorprendió tanta sinceridad—. Lo único que aborrezco son las visitas de los alumnos al despacho en cuanto reciben las notas. Algunos son como auténticos taladros. Prepárese, harán cualquier cosa para conseguir que les suba la nota.

Ella se echó a reír con el comentario. Arias era simpático.

—En lo más profundo ser abogado consiste en eso —apuntó ella—. Está bien que sean persuasivos.

—Se arrepentirá de esas palabras al final del primer semestre, cuando se presenten aquí en masa, dispuestos a acribillarle el cerebro. Sobre todo, los suspensos. Esos son los peores. Fuera bromas —continuó—. Me han comentado que acaba de trasladarse a la ciudad. ¿Está ya instalada?

—Supongo que conoce el pueblo de Merlo. He alquilado una casita. Está a menos de diez minutos en coche de aquí. Algo alejada del centro de Vigo, eso sí, pero para empezar me sirve. El precio es bastante razonable. Aún no conozco mucho la zona. Es pequeño, cuarenta vecinos a lo sumo, y rodeado de monte. Parece un lugar tranquilo.

—Ha elegido bien, Merlo es un buen sitio para instalarse. Para cualquier cosa que necesite, ya sabe dónde estoy. A un metro de usted —añadió, señalando la mesa de Emma.

—Gracias. Es tranquilizador llegar aquí y ser recibida con palabras amables.

A las diez en punto salió del despacho y se dirigió al aula donde le tocaba presentarse. Era alumnado de segundo curso. La materia se dividía en dos bloques. En el primer semestre impartiría Derecho Penal I, y en el segundo Derecho Penal II. Los alumnos aguardaban por ella apiñados delante de la puerta. Emma murmuró un saludo y recibió un par de miradas de extrañeza. Dos estudiantes rubias hablaron por lo bajo, preguntándose quién sería aquella mujer. «Imposible que se trate de la profesora», comentó una de ellas examinando su atuendo.

Las aulas tenían una ligera inclinación. Al fondo, en un estrado fijo, estaba la mesa del profesor. Emma

sacó su iPad de la mochila y lo conectó al proyector mientras el alumnado empezaba a sentarse.

—¿Puede cerrar alguien la puerta, por favor?
—preguntó dirigiéndose a los alumnos que estaban al fondo.

Se quitó la cazadora y se sentó a la mesa. Luego buscó con la mirada a las dos alumnas que habían murmurado algo cuando entró en el aula. Una vez que las localizó en la segunda fila, comenzó a pronunciar el discurso que había preparado mentalmente desde la tarde anterior.

—Mi nombre es Emma Cruz. Y sí, pese a su incredulidad, soy la nueva profesora de Derecho Penal. Durante los próximos meses voy a ser la encargada de transmitirles mi pasión por esta rama del Derecho Público, sustituyendo a la profesora Marta Reyes, que como saben está de baja. Una pasión que comenzó siendo yo alumna de una facultad no muy diferente de esta, hace ya más de quince años. El Derecho puede resultar en ocasiones tremendamente abstracto, lo sé. Términos como *punitivo*, *inimputable*, *doloso* o *alevosía* tal vez en este momento les parezcan carentes de importancia, incluso insustanciales. Mi misión aquí es despertar dentro de ustedes esa chispa necesaria para que de esta promoción salgan grandes penalistas. Este país necesita grandes penalistas para salir de la crisis social en que vivimos. Una crisis alimentada por la proliferación de los delitos socioeconómicos perpetrados por aquellos que ostentan el poder.

Emma había logrado atrapar al alumnado. No era una presentación usual. Los profesores solían llegar, decir su nombre y explicarles los pasos necesari-

rios para aprobar la materia: prácticas, exámenes y demás. El discurso de Emma se salía por completo de la norma y los estudiantes la escuchaban desconcertados.

—Estoy segura de que varios de ustedes han analizado nuestros métodos y habilidades didácticas a lo largo del pasado curso. Como futuros juristas, son personas críticas y exigentes. Lo sé porque yo también lo soy. Apostaría algo a que más de una vez han tenido la sensación de que el profesorado de Derecho somos una especie de programadores de máquinas de memorizar. ¿Nunca los han hecho sentirse máquinas de memorizar? —les preguntó.

Un par de alumnos asintieron en silencio, con timidez.

—Venga, sin miedo —los animó ella—. Les prometo que no hay trampa. Que levante la mano quien se haya sentido alguna vez así.

Levantaron la mano alrededor de veinte alumnos. En la clase había poco más de sesenta.

—Hay materias que se aprueban chapando —prosiguió Emma—. La mía no va a ser una de ellas, se lo garantizo. Yo no quiero máquinas de memorizar. Quiero alumnado inteligente, capaz de argumentar y contraargumentar. Quiero sacar lo mejor de su oratoria. Que con las palabras adecuadas logren cambiar las emociones de sus oyentes, como estoy haciendo yo en este preciso instante. No me gustan los autómatas, la gente gris y mecánica. Por el contrario, valoro la creatividad y la frescura de la improvisación. Me gusta la gente que es capaz de ponerme los pelos de punta con tres frases.